



Auteur: Michel Serre. Scène de la peste de 1720 à la Tourette (Marseille). Collection Musée Atger

La pandemia y la leyenda de San Sebastián

Segunda y última parte

JORGE SÁNCHEZ CORDERO*

Uno de los grandes eventos que consternó a Francia fue sin duda el brote epidémico de 1720. La crónica narra que, poco antes de atracar en Marsella en mayo de ese año, el buque *Le Grand Saint-Antoine* anunció que a bordo se habían presentado nueve decesos atribuidos a una fiebre fétida. Este mal fue asociado de inmediato a la peste bubónica. Ante esta circunstancia, al navío se le impidió desembarcar y la capitanía del puerto le ordenó zarpar a la isla de Jarre para que los cadáveres fueran cremados ahí.

Antes de partir, y por requerimiento de los notables marseleses, la carga del barco que les era valiosa se confinó irre-

gularmente en una enfermería de Lazaret d'Arenc, de donde fue sustraída de manera furtiva. Se pensó entonces que el hospederero de la peste se encontraba justamente en esa carga. La consecuencia era predecible: la pestilencia se propagó vertiginosamente en Marsella y sus alrededores; falleció el 30% de un total de 400 mil seres humanos.

Los notables de la ciudad arrastraron en lo sucesivo la ignominia por este infortunio. Investigaciones realizadas por el Instituto Max Planck en enero de 2016 demostraron empero que esa epidemia resurgió de la peste renacentista del siglo XIV y no de la carga célebre, lo que plantea a su vez muchas interrogantes.

La infamación

Otra de las catástrofes sanitarias de Europa se originó durante las cruentas guerras napoleónicas: a la mortandad propia de éstas se sumó la provocada por el tifo. La situación se tornó todavía más crítica al perderse las cosechas de papa, arroz y trigo, asoladas por un hongo proveniente de Perú, lo que, además, provocó la hambruna europea de los años cuarenta del siglo XIX.

A esas desdichas se sumaron dos brotes de cólera en París; el más severo fue el de 1848, de mayor mortandad y morbilidad que el de 1832. A raíz de esa crisis sanitaria las élites resultaron estigmatizadas por las clases populares, pues —con argumentos que se habían fermentado en gran medida en la revolución de julio de 1830— les atribuyeron la pretensión maltusiana de reducir la sobrepoblación de las masas a través de esa pandemia.

La crítica situación en Europa provocó migraciones masivas, entre otras las provenientes de Irlanda, cuya población se vio diezmada en 1 millón de seres humanos. El primer gran éxodo irlandés zarpó en el barco *Voyageur* del puerto de Cork y con él migró el cólera. El barco atracó en Canadá en 1832; Montreal fue el primer foco de infección, que se expandió rápidamente a la costa este de los Estados Unidos y llegó hasta Argentina. Muy pronto esta pandemia se convirtió en la primera causa de muerte en las Américas.

En una célebre conferencia pronunciada en agosto de 1833 en Oxford, Ohio, John W. Scott, profesor de filosofía natural, estigmatizó con virulencia a la población irlandesa, al grado de fustigar sus conductas, que censuró por considerarlas pecaminosas, y sostuvo que la epidemia evidenciaba el disgusto de la divinidad. Esta estigmatización tuvo serias repercusiones en la discriminación de la población irlandesa en los Estados Unidos en el siglo XIX.

El cólera ingresó a México a través de dos rutas: la de la plaza, en la región de Coahuila, y la de Campeche, según refiere el historiador mexicano Carlos María de Bustamante (1774-1848). Los barrios marginales de Santiago y San Dieguito, en el oriente de la ciudad, quedaron totalmente devastados (C. A. Hutchinson). No fue desde luego la única pandemia en México. La de tifo o tabardillo de 1813 fue igualmente catastrófica (Lourdes Márquez Morfín); de ésta y otras se dará cuenta en el siguiente ensayo, que estará dedicado exclusivamente a nuestro país.

La tecnología

Durante mucho tiempo la obra del médico italiano Girolamo Fracastoro (1478-1553), quien postuló la tesis del contagio, determinó las conductas en la cruzada médica contra las pandemias. Esta tesis entró en crisis en el siglo XIX con motivo de la tercera gran plaga de peste, que se originó en Manchuria a mediados del mismo siglo. De ahí se propagó a Hong Kong.

Se dice que el avance de la tecnología naval hizo factible la expansión mundial de la enfermedad. La razón de este aserto es que los barcos de vapor, por su mayor velocidad de desplazamiento en comparación con las embarcaciones a vela, y por el hecho de que el agente infeccioso permanecía aún activo durante trayectos más cortos, exportaban la enfermedad a los países donde atracaban. Así se propagó ese brote de peste a Estados Unidos y de ahí se dispersó hasta Argentina.

En la llamada época de la exploración, protagonizada por los navíos con velamen, la peste cumplía su ciclo destructivo durante las travesías mismas, antes de arribar a puertos de un extremo u otro del océano Pacífico, lo que imposibilitaba su propagación.

A partir de finales del siglo XIX se inició una serie de investigaciones sistemáticas sobre el origen de la peste. La historia es conocida: Shibasaburo Kitasato en Tokio y Alexandre Yersin en la Indochina francesa se afanaron en ello; este último fue quien logró aislar el bacilo *Yersinia pestis*. Posteriormente, en India, Paul-Louis Simond demostró que el vector de la peste era la pulga *Xenopsylla cheopis* y el hospedero las ratas domésticas (*rattus rattus*).

Esos estudios terminaron por demostrar que la peste bubónica no se transmitía por contagio, sino por la mordedura de las ratas. De esta manera los roedores inoculaban la sustancia tóxica, que ingresaba al nódulo o ganglio linfático de las personas y provocaba la aparición de bubones, sobre todo en cuello y axilas.

La aportación del inglés Edward Jenner en 1798 resultaría fundamental para los ecosistemas indígenas: desarrolló la vacuna contra la viruela, enfermedad que, convertida en epidemia, había asolado a los pueblos originarios tras la llegada de los conquistadores españoles. En 1803, cinco años después de la publicación de la obra de Jenner, una misión española arribó a la Nueva España para adiestrar a los médicos locales a fin de que desplegaran una campaña en contra de esta epidemia, que causaba horror en las comunidades indígenas.

La literatura

Numerosos escritores han abordado las plagas en sus obras literarias con diferentes metáforas, muchas de las cuales tienen ▶



Doktor Schnabel von Rom (en alemán, "Doctor Picco di Roma")

componentes políticos o castrenses: invasiones, defensas, conquistas, subversiones...

La literatura ha sido, pues, especialmente sensible al fenómeno. En su *Diario de la peste*, Daniel Defoe resaltó la cultura cívica que se manifestó durante la peste de Londres (1665-66). En *Los novios* (*I promessi Sposi*) Alessandro Manzoni (1785-1873) desarrolla el drama de la enfermedad en el terreno amoroso; William Harrison Ainsworth (1805-1882) lo trata en *Old St. Paul's*, al igual que Aleksandr Pushkin (1799-1837) en *La fiesta durante la plaga*.

Edgar Allan Poe (1809-1849) aludió a ese mismo mal en el estrujante cuento corto *La máscara de la muerte roja*, y Albert Camus (1913-1960) en *La Peste*. Sobre esta novela abundan las interpretaciones; por la fecha de su publicación se ha comentado que el título coincide con la peste marrón, como se les llamaba a los nazis en la época, en clara referencia a los teutones.

Pero *La Peste* es más que eso; en esta obra Camus traspone el sentimiento de responsabilidad, propio de la ideología protestante, a la secularidad; un aspecto que resulta importante para nuestra época a la luz de la crisis sanitaria actual. En esa obra, Camus sacraliza los valores de solidaridad, que son el canon de los héroes ordinarios. Entendida así, la solidaridad es el basamento social, y Camus lo expresa en su libro en esta forma: "No existen destinos individuales, sino una historia colectiva, que es la pandemia y los sentimientos compartidos por todos".

La cuestión social

Durante los diversos eventos epidemiológicos que registra la historia ha emergido una violencia difusa en las urbes, cuyas poblaciones han reaccionado en contra de los decretos de las autoridades sanitarias. El cólera desencadenó actos de violencia incluso en contra de médicos y hospitales. París, Man-

chester, Glasgow y Edimburgo fueron escenarios de disturbios en la década de los treinta del siglo XIX, al igual que Marsella y Nápoles en 1884.

De hecho, las conductas sociales ante escenarios epidémicos han sido diversas: creación de redes populares de resistencia contra las cuarentenas, aislamiento en casas de reclusión, cordones y salvoconductos sanitarios. Pero también han albergado como propósito un claro rechazo a cualquier mediación entre la autoridad y las expresiones de cultura popular.

Frank Snowden (1911-2007), quien fue profesor de historia de la medicina en la Universidad de Yale, lo afirmó con toda puntualidad: el brote de cólera de 1884 en Nápoles terminó por desafiar la legitimidad del Estado liberal. El desafío fue tan intenso que las mismas autoridades napolitanas negaron la existencia de la epidemia de cólera de 1911.

En otra perspectiva, y en diferentes épocas y regiones del mundo, las autoridades han utilizado las crisis epidémicas como subterfugio para vigorizar su poder a través del control social. En efecto, las cuarentenas representan una intromisión de los gobiernos en la vida cotidiana de los gobernados, y también desencadenan focos de resistencia civil.

En varios contextos históricos, las epidemias han provocado asimismo tensiones entre las autoridades eclesiásticas y las civiles cuando estas últimas han visto con horror la perturbadora congregación de personas en procesiones y ceremonias religiosas organizadas paradójicamente para alejar la plaga.

Epílogo

Las epidemias se inician en un espacio y tiempo limitados, conforme a un argumento –social, político, ideológico, religioso– plagado de interrogantes. Su efecto letal se debe en mucho, empero, a la disrupción económica, el caos y la carencia de higiene pública e individual.

A través de métodos profilácticos y avances científicos, la medicina ha transfigurado las tradiciones, usos y costumbres que secularmente habían logrado mantener las plagas en límites tolerables. Estos avances imponen nuevas formas de conducta, muchas de ellas uniformes a escala global, y han demostrado ser más eficaces en el tratamiento de las epidemias que las tradiciones ancestrales. El desbalance provocado en los ecosistemas culturales ha sido empero altamente turbador, y muy polémico.

Atribuir a la globalización la expansión del covid-19 es un simplismo, toda vez que comercio y epidemias han tenido un vínculo indisoluble desde tiempos ancestrales.

En lo que respecta a la pandemia en México, es fundamental sistematizar la manera en que la sociedad está reaccionando e interpretando el evento, lo que depende en gran medida de los diferentes contextos socioculturales en donde se presentan los brotes.

En las democracias, el control de las crisis epidemiológicas demanda ante todo la aceptación del enfoque pluralista en las diferentes percepciones sobre la salud, así como el reconocimiento de las complejidades ideológicas, populares, gubernamentales y médicas; de esto depende su éxito.

En lo que atañe a nuestra sociedad, la conclusión es irrefragable e inexorable: el mandato democrático exige la igualdad frente a la muerte. 

Joseph R. Knowland collection at the Oakland History Room



Auditorio Municipal de Oakland durante la pandemia de 1918

*Doctor en derecho por la Universidad Panthéon-Assas.